



El tiempo era hermosísimo, y la brisa de la mañana muy agradable. Dejamos á la izquierda el pueblito de la Ladri-llera; pasamos despues por el de Mexicalcingo, sobre puen-tes y en dos ramos el canal de Chalco.

Atravesamos en seguida el pueblo de Ixtapalapam dejan-do inmediatamente despues y á nuestra derecha el cerro del mismo nombre, que llaman de la Estrella: pasamos allí un riachuelo, otro riachuelo sin puente que desemboca en la laguna de Santa Marta, la cual nos estaba muy cerca. Poco mas adelante dejamos á nuestra derecha el cerro y cráter de la Caldera, y el pueblo de Sta. Cruz, y á la iz-quierda el Peñon viejo; atravesamos el pueblo de Sta. María Tehuacan, y nos aproximamos al grupo áspero, y bruno de cerros los que presentan localidades fieras y pintores-cas; á poco, hallamos el pueblo de los Reyes, y atravesado un buen espacio de terreno plano y monótono, llegamos á Chalco.

Esta poblacion es bastante triste, y desde que se puso el dique de Colhuacan sujeta á inundarse, cuya deplorable condicion continuará hasta que esté en actividad el desa-güe directo de la laguna de México.

Todos los juéves del año, hay en la villa de Chalco, una plaza bastante florida, y por motivo, del lago y del ca-nal se puede considerar como el puerto de México, pasando por ella todas las producciones que traen de la tierra calien-te para la capital. El calor es allí muy fuerte, aunque esté euatro ó cinco varas mas alta que México; y su clima no es muy sano: dan los frios.

Despues de dos leguas y subido un poco, pasamos delan-te de Miraflores, localidad bastante alegre, en donde se halla una fábrica de mantas, puesta sobre un collado muy

frondoso; y continuando la subida se atraviesa la intere-sante y bonita poblacion de Tlalmanalco, en cuyo cemente-rio se hallan algunos arcos muy pintorescos y mas antiguos que la iglesia. Despues de haber subido algo mas, se llega á la localidad quebrada llamada Cuautenango, en donde suelen robar á los transcientes. Luego se sube casi insen-siblemente dejando á la izquierda la hacienda de Zavaleta, y despues el pueblo de Sto. Tomás. Esta localidad es algo frondosa, cuyos árboles mas comunes son, el capulin y el tepozan, este último en particular toma en estos parajes dimensiones mucho mayores que en los alrededores de Mé-xico: se hacen ver de vez en cuando las encinas. Una planta herbácea que se viste de una cantidad de flores mo-radas adornaba y comunicaba un aspecto risueño á aquellas campiñas: las silicuas de esta planta llegadas á madurez arrojan con fuerza sus semillas, dejando las valvas adhe-ridas al pedúnculo y retorcidas en espiral. Tambien una papaverácea de grandes flores blancas hacia bastante papel; y la jarrilla cuyos grandes matorrales hallándose á la sa-zon cubiertos de flores enriquecian mas y mas el color de aquella escena.

Recorrida otra legua, dejamos á nuestra derecha un cer-ro bastante alto en forma de cono truncado, y poco mas adelante, al lado izquierdo, se nos aproximó una cordillera de montes boscosos y variados. Nos acercamos al pueblo de San Antonio, que dejamos á la izquierda; y á la dere-cha el de Amilpa; nuevamente á la izquierda el de Chalma y con otra legua entramos en la villa de Ameca.

Esta poblacion es grande y alegre, casi plana; el agua potable que descende del Ixtaceihuatl es muy fria y se la pudiera tener clarísima, pero se bebe turbia, pareciendo

mezclada con leche ó pulque. Los vecinos atribuyen este tinte, al ser agua proveniente de los desyelos; para cerciorarse de esta vulgaridad, no hay mas que seguir el barranco por donde viene, è internarse un poco en el monte, donde en lugar de ser mas turbia, por estar mas próxima á la causa, se halla por el contrario, límpida como un cristal. Su tinte es debido al pasar en el llano, el cual es hasta una cierta profundidad, toda ceniza y muy fina, con alguna parte soluble en el agua. A pesar de esta circunstancia, el valle de Ameca es fértil, y se dá buen trigo y maíz.

El nivel de Ameca calculan ser como el de Toluca. Inmediato á la poblacion, y al poniente de la misma, se halla el Sacromonte; que es un collado formado de una tierra amarilla, cubierta de cedros, encinas y tepozanes. Los cedros invaden casi únicamente el descenso Este y Sur, y el Oeste y Norte las encinas. Se hallan en él dos iglesias ó capillas, una á la mitad y la otra encima del cerro; á las cuales se llega por medio de una rampa espaciosa y bien empedrada, sombreada de vetustos y pintorezcos cedros, y muy grandes tepozanes.

Desde el Sacromonte se disfruta una hermosa vista de la poblacion, de los montes boscosos que limitan su llanura y de los dos nevados que se presentan allí muy magestuosos, cuya vista apunté en mi librito de memorias.

Al dia siguiente, ya cerca de las ocho, montamos á caballo y emprendimos la marcha hácia Tlamaca, para verificar la ascencion al volcan. Nos dirigimos hácia el Sur Este: á una legua pasamos y sin puente el riachuelo de Tomaco-co, y á otra legua poco mas ó menos empezamos á subir y entramos en el monte que al principio formábanle cedros, juntos á otros árboles entre los cuales hacian tambien parte

las encinas, madroños y el tepozan. Poco á poco el cedro, fué sustituido por el oyamel y el ocote, los que presentaban de vez en cuando muy bellos ejemplares. Estos dos últimos hallábanse en flor, y su verde era vivo y variado.

Otro árbol vi por allí, cuya hoja era chica, de un verde claro cortada como la del tejocote ó mas bien del liquidambar, el árbol era corpulento y alto, me dijeron que su madera es muy dura, y llámanle Elíte.

La vereda seguía subiendo un terreno amarillento, que de vez en cuando mostrábase escabroso y con pasos muy angostos, los que se volvian aun mas incómodos por los troncos y ramas de árboles caidos y tirados que á menudo nos atravesaban la vereda. Dichos terrenos presentábanse en algun lugar grandiosos y con buenos motivos.

La jarilla se habia duplicado; una con hoja verde que era la comun del plano y otra mas grande con hoja cenicienta y casi blanca, cuyo matorral, hoja y flor, eran de mayor dimension; esta planta iba sustituyendo á la primera; la planta de flor morada que hice notar en el plano, habia duplicado y triplicado su dimension.

El oyamel seguía presentando muy bellos ejemplares y se habia vuelto el árbol dominante, muchos de ellos estaban echados al suelo y no poco podridos; finalmente el ocote vino introduciéndose y repitiéndose con mayor frecuencia hasta que dominó la otra vegetacion.

Bajamos y atravesamos un barranco sin agua en el cual habian muchos troncos tirados y atravesados al cauce. Poco despues bajamos al lugar llamado el Paraje; que suele ser fatal á los transeuntes que de las poblaciones de las cercanías de Puebla y Atlisco, etc., pasan por aquel punto para comerciar en Ameca, los que á menudo son sorpren-

didos y robados por los salteadores. Esta localidad es pintoresca: está formada de la confluencia de dos barrancos cubiertos de ocotes y algunos oyameles que son los últimos que se encuentran: desciende en ambas un límpido arroyito, que juntándose allí forman uno que se apresura á bajar hácia el plano. En este lugar nos instaron mucho los de Ameca, para que no dejáramos los caballos sueltos, de miedo que comieran cebolleja, cuyo veneno, á lo menos para los caballos, dicen ser muy activo. Quise conocer dicha planta y pedí me enseñaran un ejemplar, que por mas que buscaron no pudieron encontrar; tal vez no sería su sazón.

Allí saqué algunos apuntes y el Sr. Obregon una vista fotográfica y al mismo tiempo almorzamos. Despues subimos tomando la vereda entre los dos barrancos y encumbrando teniamos á nuestra izquierda y muy próximo, el hermoso Ixtacihuatl, el cual veiamos en escorzo y por los pies.

Hallamos una especie de pradera con bastante ganado vacuno, y varios de los compañeros dieron en querer colear; alborotaron y pusieron en zozobra una cierta cantidad de animales; aunque este lugar lleve fama de haber un toro muy bravo llamado el Guarachi, que segun dicen es tan acometedor que ni á las moscas deja.

El oyamel habia desaparecido; el ocote era el solo árbol que reinaba en aquel elevado parage, muchos de los cuales se hallaban heridos á su pié por los esplotadores de la trementina, muchos tirados al suelo y no pocos heridos y muertos por el rayo. Me hicieron observar uno que tenia una cruz al pié del tronco; el árbol era seco y herido por el rayo; y pedidoles la causa, me relataron, como dos transeuntes habiéndose abrigado allí en una tempestad, cayó el

rayo en el árbol, le mató, y mató á los dos infelices que se habian abrigado bajo de él.

A pesar de tanta altura un espeso sacate vestia el suelo; la jarilla senicienta y la planta de flor morada mostrábanse en su mayor vigor. En donde la vegetacion no cubria el suelo habia arena casi negra, en la cual veíanse impresas pisadas de venados, de coyotes y de lobos. Ladeamos un barranco coronado de una hermosa masa de ocotes, cuyo cauce poco profundo estaba cubierto de un sacate muy fresco y verde, mantenido por una poca de agua que allí brotaba; y pasado del otro lado encendimos una grande hoguera y comimos.

Puestos de nuevo en marcha seguimos andando por un suave ascenso. La vereda hallábase por do quiera agujerada y minada por las tusas, lo que observé en toda la travesía de la montaña, hasta los arenales del volcan. Ladeando un pequeño barranco que tenia á mi derecha vi una capa formada de bombas volcánicas ó piedras erráticas, como las llaman otros, la cual estaba como encerrada en una mas grande de tierra ó ceniza fina y amarillenta muy parecida á la que cubre el llano de Ameca y sobre esta la capa superior de arena pardo negruzca, la misma de la que forma los arenales y viste el cono del volcan desde N. O. á S. O. Los ocotes tenian sus ramos cubiertos de líquen y de musgo, torcidos y encorbados hácia abajo, como si una plancha de fierro les impidiera volverse hácia arriba. Nada veíase que los comprimiera; sin embargo, el efecto claro y palpable demostraba que existia la causa; ¿cuál era pues esta causa? la rarefaccion del aire y el frio: en efecto á otras veinte ó treinta varas de altura los árboles habian desaparecido. Luego bajando un poco vimos

abrirse á nuestra izquierda una garganta cubierta de ocotes que iba profundizándose hácia el Norte y despues de no mucho andar bajamos por un suave descenso, pero muy arenoso y llegamos al rancho de Tlamaca, que se halla casi al pié del volcan.

Este rancho que consiste en tres jacales, está en un arenal cubierto de ocotes al empezar de un valle, entre dos barrancos que se dirigen á S. E., el que se halla al norte del ranchito, que es el mas próximo, le llaman de las Canoas, por que tiene unas canoas en las que se recoje el agua de un pequeño manantial que brota de la loma, al pié del cerro de Tlamaca, para que el ganado y los caballos puedan beber en ellas y abastecerse con mas comodidad los del rancho.

Mas abajo unas rocas verticales y altas, hacen respaldo al barranco, y sobre ellas se levanta cónico y domina el cerro de Tlamaca, en cuya pedregosa cúspide ya no crecen los ocotes, y solo un pasto fino y espeso, una clase de cardo santo y musgos cubren el suelo; una especie de cedro cuyos ramos retorcidos parecen mas bien culebras que vegetales, en vez de lanzarse de los peñascos en que están fuertemente arraigados, se mantienen casi adheridos y aplastados, como escudándose en ellos; sin embargo, sus hojas presentan un verde bellissimo, son muy espesas, y á la sazón hallábanse cubiertos de sus bolitas ó pequeños conos azulosos. Este vegetal es el mismo que está indicado en la página 8ª párrafo 3º, solo que aquí por hallarse en una temperatura mas baja, y mas combatido por los aires, ofrece caracteres mucho mas ásperos.

El otro barranco se halla á poco mas de media milla hácia el Sur del mismo rancho, y casi al concluir de los ocotes:

es grande y profundo; nace del versante Noroeste del Popocatepetl, y de la parte Norte y Nordeste del Pico del Fraile; baja tortuoso surcando el arenal, y haciendo un ángulo casi recto, se dirige bruscamente hácia el S. E. Bajo de la arena se ve una estratificacion ó capa amarilla, como al bajar en la de las Canoas, que examinada, es un agregado de pomez, mediante una tierra amarilla. Un pequeño y límpido arroyo, que en tiempo de aguas ha de ser ruinoso torrente, corre serpeando en su espacioso cauce sembrado de guijarros y peñascos, y muy á menudo se halla helado.

Casi á la orilla de dicho barranco y acabados los ocotes, ví un pequeño arbolito muy tupido, que crece en grupos formando una especie de grande manojo, y parecen abrazarse unos á otros para evitarse mutuamente el frio: su hoja es mas chica que la del elite, pero casi de la misma forma, y me han dicho que produce un frutita buena para comer: este arbolito parece resistir al frio aun mas que los ocotes mismos.

El ranchito de Tlamaca se halla, como vimos, en medio de un ocotal arenoso, el que fué destruido en su derredor, formando una especie de plazuela con el fin, tal vez, de poderse defender de los asaltos de los lobos, ó mas bien para construir el rancho.

No dejaré de hacer una observacion respecto de la disminucion de tamaño en los vegetales, ocasionada por la rarefaccion del aire y por el frio. Varias personas me habian asegurado, y lo habia aun leído, que subiendo los bosques que preceden al cono del volcan, se notaba clara y decididamente el decremento de la vegetacion, acabando con árboles enanos, en lo que no convengo por ser muy exagerado, y lo pruebo.

Por desgracia, hay muchos que hablan y escriben fundándose única y ciegamente sobre aseveraciones de otros, y por demasiada buena fé ó mas bien indolente fé, hacen con su acatamiento y apoyo que un error ó una exageracion quede aprobada y recibida como cosa cierta, indiscutible; con esto se quita el valor, el derecho, casi diria, á otros de verificar y analizar, esponiéndose á ser tachados de arrogantes y presuntuosos.

Yo soy de parecer que para afirmar como negar cualquier cosa, preciso es examinarla concienzudamente, imponerse bien de la materia sobre la cual la afirmacion ó negacion ha de recaer.

La fé ciega solo debe tener lugar en los misterios de la religion por ser estos superiores al entendimiento humano, y por haber sido revelados por el mismo Dios, quien es el autor, principio y fin de todas las cosas; la inteligencia virtud y poder por excelencia.

¿Qué se diria de un sujeto, que entrando en un pueblo ó casa, en donde habiendo muerto por una causa cualquiera, los padres y los hijos mayores, quedaran solo en pie los niños de pecho hasta los muchachos de 8 á 10 años de edad, y sin hacer caso de los cadáveres todavia existentes, ni á la corta edad de los individuos que quedan, dijera ó mas bien sentenciara con toda autoridad: en tal ó cual pueblo ó casa etc., son enanos; la atmósfera no les permite llegar allí que á poco mas de un metro de altura? Todos convendrian ser tal sentencia digna de un loco.

Lo mismo acaeci6 en el bosque de ocotes que se atraviesa desde el Paraje á Tamaca y hasta el arenal del volcan, en donde no se hizo caso alguno de los padres, ni de los hijos mayores, quiero decir, de los corpulentos troncos que

se hallan tirados, carcomidos y podridos, los que á veces hasta obstruyen la vereda, y que acabarán dentro de poco por desaparecer volviéndose tierra. No se hizo caso de la edad de los que están en pie, que con pocas escepciones es menor y con mucho que la de los que se hallan tirados. Estos troncos, yo digo, no fueron arrastrados allí sino que nacieron y crecieron en aquel mismo sitio, y por mas de un siglo embellecieron con sus verdes y tupidas masas aquellas localidades: finalmente, ya por el huracan, por el rayo ó por el hombre, que destruye mas en un año que todos los otros medios naturales juntos en varios siglos, y en su destruccion raro es cuando no escoja lo mejor.

La falta de dichos individuos pondria en peor condicion á los recién nacidos, los cuales, hallándose de sopeton expuestos á todos los rigores de la localidad, sufriria su naturaleza efectuándose un cambio, y de allí los ramos retorcidos, como por contorciones nerviosas y encurvándose como para pedir á la tierra aquel abrigo que les faltó.

Cuidado, que no quiero decir con esto que la vegetacion acabe allí con la misma lozanía que mas abajo ó en el mismo Paraje, lo que seria evitar un error para caer en otro, sino que la diferencia aunque sensible no es tan excesiva y que se necesita poner mas cuidado en apreciar.

Uno de dichos jacales sirve para la fundicion del azufre y reducirlo á grandes panes cuadrados para el comercio. Los otros dos para caballeriza y vivir.

Pasamos allí la noche, que hallé muy fria á pesar de una grande hoguera que se mantuvo ardiendo. Un ruido y áspero petate estendido sobre el suelo, que parecia un basurero, fué mi colchon, y la silla del caballo la almohada. El aire que azotaba el bosque, hacia un ruido aterrador, pa-

recia que queria destruir el rancho. A pesar del cansancio no dormí mas que un corto rato, y pasé la noche escuchando las ráfagas, el relinchar y el continuo pisotear de los caballos, asi como el roncar de mis compañeros, que siendo todos jóvenes durmieron como piedras.

En la mañana nos dispusimos, y montados á caballo, se adelantó la caravana formada del Sr. Huitrado, pintor, discípulo de la academia que hacia cabeza de la expedicion. El Sr. Noreña escultor y custodio de las galerías, el Sr. Obregon pintor y fotógrafo, el hermano menor del dicho Sr. Huitrado, estudiante de dibujo y los Sres. Larrañaga y Garnica, estudiantes, este de ingeniero y aquel de ornato como ya dije, el que nos alquilaba los caballos, un peon, el guía y yo.

Nos dirigimos hácia el Sur Este y pasando á través del ocotal llegamos al arenal, en donde el sacate hacíase mas y mas escaso y finalmente acabó; solo una especie de muzgo que observé por casi toda la montaña, mostrábase sobre algun peñasco que se levantaba aquí y acullá de la arena, desapareciéndo este tambien mas adelante.

Hallamos un descenso muy empinado, un resbaladero de arena que descendia al fondo de un barranco, cuyo senderito no tendria ni una cuarta de ancho, al pasar por el cual sumíanse las piernas de los caballos. Llegados al fondo pasamos el arroyito en cuyas orillas tenia yelo. El cauce era ámplio cubierto de piedras de todos tamaños y redondeadas, mostrando que en las tempestades, corria por allí mucha agua. En el respaldo vertical ví la estratificación de pomez amarilla. Por un camino igual al del descenso subimos y encumbramos el otro lado que era mas alto, y seguimos por el arenal en dirección al Sur Este.

Los caballos no podian resollar de la fatiga, parábanse á cada ocho ó diez pasos; finalmente se nos plantaron de firme y no quisieron avanzar mas; descendimos, ensayando conducirlos á mano, pero nos cansamos, y el resultado fué casi nulo; asi es que dejándolos al mismo que nos los alquilaba, continuamos sin ellos.

La arena era pardo negruzca y tan suelta, que los piés sumianse completamente en ella. Uno de los compañeros se cansó, lo que, obligando al hermano acompañarle al rancho, influyó bastante para que se desgraciara la expedicion. Se adelantaba con grande fatiga y muy poco á poco; de este modo llegamos á los peñascos volcánicos de las Cruces, en donde descansamos un rato.

Me habia olvidado decir: como casi todos los que han subido el volcan cuentan y aseguran que los licores mas fuertes se pueden tomar allí lo mismo que el agua (1) así es que ibamos todos abastecidos de una botella de aguardiente: pero confieso, que para mi paladar nunca cesó de ser aguardiente, y jamas pude tragar un sorbo de ella: por lo contrario sentí mucho consuelo poniendo de vez en cuando un trozito de nieve en la boca paseándole continuamente hasta que fuese derretido, y luego tragábale: de este modo templé á las mil maravillas lo resequido que tenia.

Vueltos á la marcha por otro arenal igualmente suelto, pero mas inclinado que el anterior, por el cual subimos descansando con mucha frecuencia, y llegamos á la nieve: esta al principio veíase casi parda á causa de la grande cantidad de arena que tenia mezclada, cuyos cristales se agrupaban de manera que parecian yerbecitas que se eleva-

(1) Esta ascension está muy errada, y fué causa que á uno de los compañeros le acaciera lo que dentro de poco veremos.